



El bar como ecosistema protector. Avances desde Gastropología¹

Sergio Gil Flores

sgil@bculinary.com

Basque Culinary Center (Universidad de Mondragón)

G.R.E.C.S (Universidad de Barcelona)

Resumen

Durante múltiples intervenciones, asumiendo trabajos de investigación etnográfica en torno a la vida social de los bares, se ha podido constatar cómo el ecosistema del propio bar, genera cohesión y protección social; un elemento complejo de carácter dinámico que provoca pautas estimulantes, propias de la convivencia humana fuera del núcleo familiar. La observación activa (participante) supone una manera óptima de captar realidades; que sumado a la escucha metodológica en formato de entrevistas (tanto informales como pautadas) y compartiéndose las experiencias con los clientes por decreto (amén de propietarios y personal operativo) evidencia que el bar se manifiesta como un espacio caracterizado por suponer un agente extremadamente cuidadoso de las relaciones sociales. Los bares son nichos vinculados al espíritu de comensalidad, pudiéndose visualizar como puntos en un mapa que dibujan redes de cohesión de grupos, de espacios. Recorrerlos genera un itinerario que configura rutinas compartidas. Los bares funcionan pues, como un espacio intersticial a medio camino entre lo público y lo privado. Proporcionan un marco de referencia, un espacio de reconocimiento mutuo en un marco contemporáneo caracterizado por relaciones de distanciamiento. El trabajo de investigación etnográfica, una vez interpretado, conduce a potenciar la función de las

¹ El 27 de julio de 2021, en el marco del VII Congreso Internacional de Antropología de la AIBR celebrado en Vila Real, Portugal, el equipo de Gastropología presentó algunos avances en cuerpo de ponencia.



barras en su dimensión de ecosistemas protectores. Todo esto converge con el compromiso de visualizar la importancia de la ciencia antropológica en la contemporaneidad.

Palabras clave: antropología social, etnografía, gastropología, antropología de los bares

Abstract

During the ethnographic research work around bar's social life, we have been able to verify how the bar's ecosystem generates cohesion and social protection, a complex and dynamic element of human coexistence outside the family nucleus. Active, participant observation is the best way to capture, from within, practicing active listening and sharing experiences, that the bar is the space of extreme care for social relationships. Bars are niches linked to the spirit of commensality and can be visualized as points on a map that draw cohesion networks of groups and spaces. Going through them generates an itinerary that configures shared routines. Bars operate as an interstitial space halfway between the public and the private. They provide a frame of reference and a space for mutual recognition in a contemporary framework characterized by distancing relationships. The ethnographic research work, once interpreted, leads to the enhancement of the function of bars in their dimension of protective ecosystems. All this converges with the commitment to visualize the importance of anthropological science in the contemporary world.

Keywords: social anthropology, ethnography, gastropology, anthropology of bars



Introducción

Con fecha 27 de Julio del 2021, en el marco del Séptimo congreso internacional de Antropología AIBR celebrado en Vila Real, Portugal, se presentó, como avances detallados del equipo de Gastropología², una ponencia que debía enmarcarse dentro de un bloque que abordase la antropología social aplicada al mercado. Sobre antropología del bar no existen, de momento, las voces suficientes como para crear un apartado específico, de ahí que las aportaciones de susodicho equipo acostumbren a englobarse en contextos de antropología empresarial. La temática de dicha ponencia giró en torno a la función de los bares en el ecosistema social³ de los pueblos y ciudades de España. Al plantear la importancia de los bares en el tejido socioeconómico español, aparece involuntariamente, la imagen de un país “folklórico”, entregado a la fiesta de forma descontrolada. Si entre algunos antropólogos portugueses y latinoamericanos todavía domina tal prejuicio, éste aún es más profundo entre los antropólogos escandinavos o anglosajones.

Este artículo se centra en analizar y reflexionar entorno a la función del bar como (eco)sistema protector, es decir, espacio de cohesión personal y grupal. Para confeccionarlo, se ha utilizado metodológicamente la investigación de campo

² Equipo mixto de antropólogos/as y gastrónomos/a, que realiza trabajos de investigación social en el ámbito de la restauración. Dicho equipo emplea una metodología (*vid. infra*, punto 2 de este escrito) que se centra en el comportamiento social de los actores que interactúan en el marco espacial de bares y restaurantes. (<https://www.gastropologia.es/>). Como veremos, el método de Gastropología aúna trabajo de campo y comparación intercultural, y con el concepto de Gastropología se ha pasado a definir un subcampo de la antropología social y cultural que identifica la investigación empírica y la producción teórica sobre conductas, reacciones y representaciones culturales de los individuos en el marco de la restauración.

³ En el presente trabajo, el término *ecosistema* siempre es de tipo social, no biológico. *Grosso modo*, un ecosistema (social) constituye un conjunto de relaciones entre personas y grupos (la población) y también con los elementos del espacio donde se relacionan. Configuran una red de interacciones, siempre entrelazadas e interseccionadas con otros ecosistemas. No son una ‘substancia’ fija. De hecho, no ‘son’, sino que ‘hacen’, ‘actúan’. Son simbólicamente eficaces. Por lo tanto, también lo son en el plano material, ya que dicha eficacia simbólica se plasma en consecuencias fácticas, tangibles (Lévi-Strauss, 1987: 211).



(etnografía), que incluye la observación participante y entrevistas abiertas (individuales y colectivas). De manera complementaria, la interpretación posterior se puede calificar como investigación especulativa: reflexiones alrededor de elementos que resultan significativos para poder caracterizar la naturaleza de la función de la que se pretende hablar.

De los resultados extraídos durante los trabajos de investigación etnográfica⁴ desarrollados en los últimos años por el equipo de Gastropología, se interpreta cómo el ecosistema del bar, los códigos y las conductas negociadas en horizontal por sus comensales, generan de manera autorregulada un equilibrio sistémico (homeóstasis): procesos que tienen lugar para mantener un estado estacionario determinado, es decir se refiere al carácter autorregulado de los seres vivos (Durán y Espinoza, 2016: 3). El resultado de las atmósferas sociales de esos ecosistemas: es funcionar como ejes de cohesión, y o, de marcos de resguardo social. En los últimos tiempos ha aumentado la importancia de ‘los cuidados’ siendo los bares un ejemplo obviado de ello.

El quehacer consistente en introducir, o permitir el acceso, a un grupo de desconocidos relativos o totales en un lugar concreto y que no estalle en mil pedazos el ecosistema, requiere de una vocación de consenso político. El motivo de fondo de la investigación reside en la importancia de dar a conocer, y promover, este ejercicio cotidiano de compromiso cívico. Puede considerarse como un ejemplo de remedo, es decir, a imitar y a poner en práctica en el conjunto del sistema social.

En el bar existe conocimiento y reconocimiento mutuo, y se practica de forma activa el derecho a la indiferencia (Chebel d’Apollonia, 1998: 91): ser indiferente a cualquier rasgo etno-cultural. La identidad previa a la entrada en dicho ecosistema es sencillamente puesta a parte. No resulta significativa en las interacciones que allí tienen lugar. Ese

⁴ Etimológicamente: descripción (γράφω/gráfo) de los grupos sociales (ἔθνος/éthnos). De forma genérica, la etnografía es una “inmersión física exhaustiva en lo tangible -esa sociedad que forman cuerpos móviles y visibles, entre sí y con los objetos de su entorno-, con el propósito de, en una fase posterior, convertir las texturas en texto —la etnología- y el texto en análisis que permitan hacer manifiesto el sentido de lo sentido: la antropología propiamente dicha” (Delgado, 2007: 110).



derecho a la indiferencia es la *conditio sine qua non* para poder acceder a ser beneficiarios de la función de cohesión y de refugio que el bar detenta: «masas corpóreas con rostro humano de las cuales no importa de dónde vienen ni a dónde van. Son personas que reclaman el anonimato y la reserva como derechos, y a las que no le corresponde otra identidad que la de individuo soberano a la que se le supone y reconoce competencia para actuar y comunicarse racionalmente» (Delgado, 2008: 10). Lo fundamental es que esas personas coexisten en un espacio abierto dentro del cual no sólo pueden cultivar su anonimato, sino abrir interacciones con “otros” significativos a través de los cuales construirse mutuamente (Portuelo, 2020: 2-3). Se podría hablar, así, de una ‘función regenerativa’ de los bares.

En el bar se construyen y definen, constantemente, situaciones sociales que son, en sí mismas, culturas consensuadas de forma dinámica, en acción, siempre en proceso de auto-creación. Relacionadas con el ecosistema social circundante, pero dotadas de una cierta inercia propia, interna: la autopoiesis de la que hablaba Niklas Luhmann (1998).

Es preciso proponer un ejemplo concreto para poder visualizar mejor este proceso: el ambiente protector de un bar deriva de su estructura, y de una cierta continuidad de la misma. Por supuesto que, en tanto que ecosistema, está interrelacionado con el exterior, pero la naturaleza, por así decirlo, del ambiente, tiene las bases de su auto-creación dentro del mismo. De esta manera, los bares generan universos sociales que emergen como contextos que, ni que sea de forma breve, aportan una estructura de plausibilidad (Berger y Luckman, 2003) a las personas que allí interactúan; un sentido, una orientación. Como indicaban estos autores, la vida del individuo debe cobrar significado subjetivo, un significado que preste plausibilidad subjetiva al conjunto del espacio de su vida (Ibíd.: 119). Dicha estructura les permite percibir que existe una congruencia entre lo que piensan y lo que ocurre. Tal es la función que los y las antropólogos denominan ‘chamánica’: la de conseguir que deseo y mundo real, confluyan (Delgado, 1992: 132). Y esa función es la base para que exista todo tipo de cohesión.

Al establecer un recorrido por las diferentes formas en que los bares funcionan saturando tanto fragmentaciones simbólicas como de tipo físico, material, puede determinarse que



aportan un suplemento de cobijo, básico en épocas tan convulsas y precarias como las que se atraviesan en contextos de crisis. En este sentido, cabe la constatación casual que, en catalán, se hable a menudo de las atmósferas de los bares con el término *caliu*. Un concepto de difícil traducción, pero que alude al calor de la proximidad, al bienestar y la calidez humana que proporciona el hecho de saberse a resguardo. En compañía, o solos. Aunque nunca lo estemos. Porque, en tanto que animales sociales, somos porque nos pensamos, y sólo somos en relación con los demás. De forma individual, y colectiva. Tal y como afirmó el antropólogo británico Gregory Bateson (1979: 68-69):

Hay una pregunta profunda e incontestable sobre la naturaleza de esas “al menos dos” cosas que entre ellas generan la diferencia, que se convierte en información al marcar la diferencia. Claramente, cada uno por sí solo es, para la mente y la percepción, una no entidad, un no ser. No es diferente del ser y no es diferente del no ser. Un incognoscible, *Ding an sich*⁵, un sonido de una mano aplaudiendo”

Se propone pues, que la función de cohesión social de los bares no sólo se circunscribe a su ámbito espacial y su zona de influencia; debido a que los bares irradian una suerte de red de cristalizaciones de sociabilidad. Por lo tanto, también funcionan para recoser los ámbitos urbanos y contribuir a convertir los “no lugares” en que se han convertido algunos espacios en ámbitos de apropiación y resignificación colectiva. Es decir: en espacio vivido, practicado. La atmósfera propia de los bares desborda su espacio restringido. Su función de protección, por lo tanto, se traslada también a los territorios donde están ubicados, los cuales son sistemas complejos que están siempre en interrelación con los ecosistemas de los bares.

Antropología social aplicada a la hostelería: sistemas y relaciones

⁵ “La cosa en sí” de la filosofía kantiana.



La metodología utilizada en esta investigación es la adaptación del método etnográfico, que desde Gastropología se utiliza en el canal HORECA, que tiene como principal característica la adición de una fase corroborativa con el promotor de la intervención:

Para explicar la diversidad social y cultural de un establecimiento gastronómico se requiere un conocimiento profundo de la realidad social que se está estudiando y para lograrlo se necesita del trabajo etnográfico. Por medio de ello, es posible tratar - desde la amplitud hasta lo concreto- los aspectos sociales, culturales y psicológicos del grupo de estudio y del contexto trabajado. Para este trabajo de campo, aplico el método “gastrográfico” que implica la observación, el análisis y la posterior entrevista a un grupo de estudio. La entrevista tiene el objetivo de aportar información adicional, nutrientes en forma de datos y corroborar lo observado, con tal de crear unas conclusiones acordes al escenario trabajado. La metodología utilizada, como ya se ha mencionado, se basa en la etnografía donde se prima la observación participante: el momento en el que el antropólogo está en total interacción con el campo. Se trata de una introducción puntual y a intervalos en una comunidad, con la que se establecen una buena relación de confianza y un activo grado de integración en ella (Gil, 2019: 10).

Durante las investigaciones etnográficas desarrolladas en términos comerciales, cabe interpretar al bar como un elemento, complejo y dinámico, de convivencia humana, fuera del núcleo familiar. La observación activa, participante, ha servido para captar, desde dentro, practicando la escucha activa y compartiendo experiencias, que el bar es el espacio del cuidado extremo de las relaciones sociales. Las *entradas en el campo* de investigación han dado como resultado que los bares conforman ejes de dinamización del macro ecosistema (social) donde se inscriben. El bar se erige como un nicho ecológico cuya función reside en aportar una suerte de refugio, a modo de “nido” o, mejor, de “concha” protectora, como indicaba el filósofo francés Gaston Bachelard (1994: 141). Se trata de un ambiente de acogida que no es asimilable al hogar, un recinto privado e íntimo, sino que es una prolongación de la calle, sinónimo de espacio social.



A través de la observación de las realidades cotidianas del bar, éste se presenta como todo lo contrario a un enclave dotado de límites estancos y cerrados: no es un territorio en el sentido de un ámbito delimitable, impermeabilizado en base a fronteras nítidas. En cambio, el bar forma un nodo en el arquitrabe del sistema social donde se imbrica, y, también, por sí mismo, un micro ecosistema social, abierto, de límites porosos. Se está delante de una metonimia: que se enclava en un ecosistema social (o en el entrecruzamiento entre varios de ellos), y tiene como resultante un ecosistema social. La investigación etnográfica arroja como resultado que el bar conforma un *locus* de sociabilidad, un espacio (que no territorio) de convivencia. Un territorio es un espacio que ha sido dotado de significados por una “cultura” determinada. Pero un espacio (como es el bar) constituye una especie de significante de valor simbólico cero, neutro, vacío: por lo tanto, abierto a todo tipo de significaciones. No cuenta con un “poso” cultural previo a las interacciones que en él se generan, sino que resulta ser un nicho donde las interacciones sociales desembocan en una “cultura”; no como esencia, sino como forma de hacer, decir y pensar. Eso le da su fuerza, de ahí se nutre su rol de potenciar la cohesión social, pero, siempre, sin priorizar identidades, ni filtrar a los actores sociales por origen o nacionalidad. Es en su vacuidad donde reside su potencia (Maffesoli, 1990: 81).

La función cohesionadora y tutelar de los bares, que es el hilo subterráneo que recorre este artículo, no integra sólo de forma colectiva, sino que, además, lo hace de forma individual: el individuo siempre es social, es decir, una persona (Mauss, 1938). La persona es parte del sistema social donde se encuentra, su misma “esencia” es el resultado de las relaciones sociales. Más adelante retomaremos brevemente esta temática.

A lo largo de los trabajos de investigación/consultoría comercial que se vienen desarrollando, se propone la combinación del método etnográfico (sobre todo, mediante la técnica de la observación participante) con otra metodología que diferencia a la ciencia antropológica de otras ciencias sociales: la comparación intercultural. Lo que ocurrió u ocurre en otros sistemas socio-culturales, y en otros contextos espacio-temporales, ofrece pistas que facilitan, o complementan, la explicación de los procesos captados durante la incursión en el campo de investigación. El método etnográfico comporta la adopción de una mirada en forma de zoom: alejarse del sujeto de estudio para verlo con perspectiva y



poder convertirlo en “extraño” (exótico, como veremos) y, al mismo tiempo, acercarse y participar de sus actividades desde una proximidad táctil, corporal (Salcedo, 2000: 157). Esto requiere que la persona que actúa como investigadora incorpore en su prisma las lentes del relativismo cultural y la suspensión de todo juicio (Breidenbach, 2021: 43). Es más: hay que sentirse cómodas con la ambivalencia y la paradoja: integran la vida social que investigamos.

Como principio axiológico, la antropología subraya la profunda unidad psíquica del género humano; por tanto, reconoce la conmutabilidad de sus códigos y la presencia, en todo lugar y época, de diversas formas de vida mutuamente inteligibles entre ellas. De ahí no sólo la pertinencia de la comparación, sino la obligación deontológica de llevarla a cabo.

La paradoja de los vínculos débiles.

Habrà quien pueda considerar aventurado afirmar que los bares constituyen una suerte de red amortiguadora frente a los embates de la cotidianidad. Sería reprochable que dicho entramado de nichos de cohesión y protección resultan ser una débil malla; un andamiaje laxo que apenas puede ofrecer resistencia a la falta de vínculos y de relaciones sociales en medio del marasmo de la vida urbana (incluida la rural). Paradójico es, que los *vínculos débiles* resulten más fuertes que los que pretenden ser sólidos. Siguiendo a Granovetter (1973), se puede afirmar que unos vínculos muy sólidos comportan círculos y, que estos, son mucho menores que los vínculos “débiles”: aquellos en los que no existe una vinculación estrecha, o ésta es casi nula. Unas relaciones muy estrechas pueden implicar memorias puntilladas de hechos negativos. No contar con historias compartidas que puedan ejercer de rémora en la fluidez de la relación propicia la inmediatez. Esa acción automática de la simpatía mutua lleva a formar parte de un mismo ambiente caracterizado por interacciones entre iguales: todo ello genera “vínculos débiles”, pero más funcionales y prácticos que los “fuertes” a la hora de generar cohesión.



Los ecosistemas de los bares como nichos de convivencia: atmósferas sociales e interacción entre iguales

Los bares componen nichos vinculados al espíritu de la comensalidad: el *egregor*. Este término, de raíz gnóstica, alude a una suerte de «mente de grupo que une a los miembros, los armoniza, los motiva y los estimula a realizar los objetivos del grupo» (Delaforge, 1987). Dicho *egregor*, trasladado a términos científicos, es la conciencia compartida que los comensales experimentan en el transcurso de su interacción. Una solidaridad y empatía a menudo instantánea, que actúa a modo de lo que el antropólogo británico Victor Turner conceptualizó como la *communitas*, y que el sociólogo francés Émile Durkheim bautizó como *protoplasma social*: el pegamento social primigenio, la precondition para juntar y agregar, el adhesivo de donde surgen todas las formas sociales; un aglutinante situado en la base misma de cualesquier proceso de sociabilidad, en todos los grupos humanos. En una línea similar, Cornelius Castoriadis hablaba de ‘magma’: «aquello de lo que pueden extraerse (o aquello en lo que se pueden construir) organizaciones conjuntistas en número indefinido, pero que no puede ser nunca reconstituido (idealmente) por composición conjuntista (finita o infinita) de esas organizaciones» (Castoriadis, 1989: 288). Émile Durkheim (2007: 188) caracterizaba así el *protoplasma social* (o punto cero de la posibilidad de unir, base primigenia del *socius* (término latino traducible como ‘acompañar’):

Si se intenta constituir con el pensamiento el tipo ideal de una sociedad cuya cohesión resultare exclusivamente de semejanzas, deberá concebírsela como una masa absolutamente homogénea en que las partes no se distinguirían unas de otras, y, por consiguiente, no estarían coordinadas entre sí; en una palabra, estaría desprovista de toda forma definida y de toda organización. Este sería el verdadero protoplasma social, el germen de donde surgirían todos los tipos sociale

Victor Turner basó sus teorías a través de la etnografía de sociedades del centro y oeste de África, a mediados del siglo XX. Émile Durkheim realizó sus teorías centrándose en

el mundo moderno Occidental de finales del siglo XIX. Cornelius Castoriadis aplicaba sus análisis a cualquier sociedad contemporánea. Y se puede y se debe aplicar, sin duda, al análisis y explicación de los marcos sociales de los bares en cualquier barrio español de finales del año 2021.

Por otra parte, el ambiente social de los bares propicia un mutuo autorreconocimiento que, precisamente por no tener ningún tipo de matriz “autóctona” previa, se puede articular incluso a través del anonimato y de la indiferencia en relación con el origen y la condición de los actores sociales que lo integra. La atmósfera social se percibe como una realidad palpable por los actores sociales que interactúan en su seno. Una interacción que es el origen, y no resultado, de dicha atmósfera o ecosistema. No hay una base “cultural” ni “identitaria” previa. En ese ecosistema los actores sociales que interactúan lo hacen en el plano horizontal, igualitario; de ahí el comparar dicha base con la *communitas* de los ritos de iniciación: «la sociedad en cuanto comunidad, o incluso comunión, sin estructurar y relativamente indiferenciada, de individuos iguales» (Turner, 1988: 103).

La atmósfera que forja esa *communitas* es asimilable a la situación construida de la que hablaba el sociólogo canadiense Erving Goffman (1979): lugares donde los actores se interrelacionan libremente, negociando sobre la marcha lo que se considera como pertinente en términos sociales. Por lo tanto, se trata de una sociedad de iguales que se articula de forma autoorganizada: como decía Georg Simmel (citado por Frisby y Featherstone, 1997: 3), se trata de condensaciones o cristalizaciones de interacciones en formas culturales *in statu nascendi*⁶. Esta característica no es exclusiva de los bares del actual Mediterráneo occidental: a mediados de los años 1950, después de estudiar la sociedad Ndebele de África Meridional, dos antropólogos concluyeron que “los Ndebele tienen todas las características de una entidad política y social *in statu nascendi*” (Hughes y Velsen, 1954: 41). Simmel usaba a menudo un término para caracterizar la atmósfera diferenciada que envolvía a los grupos sociales en determinados momentos y espacios: *Stimmung*, concepto que se puede traducir por “ambiente” pero también por “estado de

⁶ “En estado de nacer”, es decir, naciendo continuamente.

ánimo” (Simmel, 2001). El bar facilita un estado de ánimo a quienes interactúan en él, ambiente que se nutre tanto de los actores sociales como de la calle; una calle que, metafóricamente, se “desparrama” dentro del bar, según afirmó una de las personas con quienes contactamos durante el trabajo etnográfico.

El sociólogo francés Michel Maffesoli ha utilizado la idea de *ambiance*, equivalente a la de Simmel, y lo hace para caracterizar la atmósfera típica de un micro-grupo. En el caso del bar, resulta recurrente que las personas contactadas durante la investigación etnográfica aludan un “ambiente” diferenciado que caracteriza a determinados bares, tanto por su estructura interna, como por el barrio donde se encuentran. El mismo Maffesoli puso de relieve que un prerequisite para crear ese “ambiente” era «el estar-juntos sin ocupación» (Maffesoli, 1990: 150) en una especie de espacio liminal en el sentido de “fronterizo”, intermedio. Homi K. Bhabha (1994: 231) habló en términos similares caracterizando un “tercer lugar” como campo intersubjetivo. Y es desde aquí donde se cierra el círculo y cabe referirse a la idea de *communitas* recogida unas líneas más arriba.

Los ecosistemas de los bares como nichos de convivencia: Espacios de cohesión territorial

A pequeña escala, *stricto sensu*, los bares pueden ser visualizados como puntos en un mapa. Recorrerlos genera un itinerario que articula unas rutinas compartidas. A su vez, estas rutinas se plasman en redes sociales, las cuales dan forma a la historia común de barrios como los de las periferias urbanas. Muy a menudo, periferias sin “pasados” comunes, con pocos años de vida.

Los bares se unen a los espacios urbanos que generan una atmósfera común, tanto dentro de los mismos como en la constelación de redes que se entretajan en las trayectorias de los usuarios. Son, así, un instrumento colectivo que genera ese sentido de pertenencia tan alejado de cualquier esencialismo nacional o local. Se trata de una adhesión o pertenencia al territorio, punteado por bares en tanto que lugares de protección y de seguridad, de libertad y de cohesión.

Un territorio complejo, que constituye, catalizado por la angostura social proporcionada por los bares, una especie de mortero que une a los actores que en él interaccionan, ya que existe una necesidad social:

Necesidad de mantener un vínculo, en el contexto de un mundo global, con la vida cotidiana, con los jugadores que conocemos, en el espacio en el que operamos. El territorio se vive entonces como una especie de retorno a la matriz original, el lugar desde el que se es, *no necesariamente en el que se nació, sino en todos los casos en el que se vive y donde se crean los vínculos que ponen al sistema familiar en equilibrio dentro de un sistema local* (Moine, 2006 : 116 -la cursiva es nuestra)

Los espacios que no son ni el hogar ni el lugar de trabajo, ni tampoco los no-lugares de los que hablaba el antropólogo francés Marc Augé (1995), fueron catalogados como *tercer espacio* por el sociólogo estadounidense Ray Oldenburg en su libro de 1989, *The Great Good Place*. Los bares no encajarían con la concepción de *non-lieux* (no lugar), ya que ese concepto hace alusión a espacios de transición, de paso, sin conectividad con pertenencias y sin posibilidad de ser un refugio, un espacio de protección. A lo sumo, serían espacios de huida; suelen ser espacios, “no-lugares” que, al ser intervalos entre dos lugares, son siempre pasajeros. Literalmente. El ejemplo del tren, el avión, el metro, poco tienen que ver con la función de cobijo de la que estamos hablando. En palabras de Augé:

«Los no lugares son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta (1995: 41).

Por lo tanto, en vez de un “no-lugar”, el bar sería un refugio para escabullirse de los mismos, para mitigar sus efectos desestabilizadores en términos de cohesión. En cambio, los bares sí que se adecúan perfectamente a las características que Oldenburg atribuía al tercer espacio; espacios que funcionan “Como un lugar de refugio que no sea el hogar o el lugar de trabajo donde las personas pueden visitar y comunicarse regularmente con amigos, vecinos, compañeros de trabajo e incluso extraños” (en Mehta y Bosson, 2010: 780). El urbanista Vikas Mehta y la psicóloga Jennifer K. Bosson, sugirieron diversas

características propias del tercer espacio: «la permeabilidad del negocio en relación a la calle, asientos proporcionados por el negocio y refugio proporcionado por el negocio en el espacio de la calle» (ibíd.). El geógrafo Edward W. Soja (1996) también hablaba de ese tercer espacio, y lo caracterizaba de una manera que recuerda, y mucho, al espacio de los bares: «es un espacio de una apertura extraordinaria, donde las cuestiones de raza, clase, y género, no constituyen un privilegio» (1996: 5). En todos los casos, cabe subrayarlo, al hablar de los bares, se propone interpretarlos como espacios frecuentados por individuos heterogéneos, sin prerequisites que satisfacer para formar parte de ellos. Conforman ecosistemas abiertos: acogen sin imponer límites ni filtros. Y, si hacemos servir una licencia metafórica, vertiendo su particular atmósfera social a través de las terrazas de bares y restaurantes resemantizan el espacio social; transformándolo en “espacio comensalístico”.

De esta manera viene a ser un territorio destinado a poder exhibirse y a una conexión inevitable con el *Otro*. Es por eso que el espacio público vuelve a tener la posibilidad de ser “calle” en su plenitud: un escenario para la exposición de los actores que por él circulan, que se manifiesta en prácticas convivenciales y encuentros entre semejantes, ya sean vecinos y/o visitantes. Se puede hablar de una “restauración regenerativa” en tanto en cuanto produce efectos catárticos e, incluso, terapéuticos. La pandemia, la Covid-19, es una buena demostración, *a contrario*, de la misma. Pudiéndose captar en muchas ocasiones tanto la desazón ante los bares cerrados por las restricciones, como la alegría por su apertura. No se está muy alejado del sentido que daba al término ‘función’ el antropólogo polaco Bronisław Malinowski (1975: 85-86) al hablar de la ‘cultura’: conjunto de artefactos construidos para “satisfacer las necesidades fisiológicas y espirituales”.

La ideología del espacio “público” vs la realidad del bar (la calle)

El actual contexto social, político y económico propicia una reflexión sobre el concepto de “espacio público”, que viene a ser una extensión de la ideología *ciudadanista* en términos territoriales. Según dicha ideología, el espacio público sería el escenario donde

individuos libres e iguales son capaces de comunicarse y convivir. En tanto que ideología, resulta ser una mera estrategia de ocultación de las realidades sociales, profundamente injustas y desiguales: muchos individuos ni son libres, ni son iguales. En la vida real, el ‘espacio público’ es una esfera donde el poder ejerce su dominio. Desde la antropología urbana, interpretamos el “espacio público” como una narrativa construida con claras intenciones ideológicas. En relación al “espacio público”, el antropólogo Manuel Delgado (2011: 22-23) subraya lo siguiente: «En tanto que instrumento ideológico, la noción de espacio público [...] camufla toda relación de explotación, todo dispositivo de exclusión, así como el papel de los gobiernos como encubridores y garantes de todo tipo de asimetrías sociales». Así pues, frente al control que se extiende en el espacio público, el bar viene a ser la única extensión posible de la calle cuando se pretende hacer de ella un espacio estandarizado por el poder político institucional. A modo de ejemplo: del mismo modo que la calle, los bares serían, en contraposición con los *territorios fijos*, *territorios situacionales*, es decir, ocupados de forma pasajera, informalmente (Goffman, 1979: 47).

Si el territorio (la nación, por ejemplo) es un *lugar ocupado*, el espacio público (el bar y la calle, por ejemplo) es ante todo un *lugar practicado*. La calle y el bar son una frontera (en el sentido de espacio de comunicación, de zona, nunca de muro). Una frontera donde encuentran en ella su nicho no sólo el conjunto de la ciudadanía sino, también, todas las gentes del umbral, todos aquellos que viven *anonadados*: el adolescente, el inmigrante, el artista, el desorientado; la calle, el bar, es la patria de los sin patria, ya que no se puede ser forastero en un espacio en que *todo el mundo es extraño* (Delgado, 1999: 209).

Resulta fundamental esta lección que el bar, y la calle (que son lo mismo), ofrecen al conjunto de la sociedad.

Inercias, historias, cohesiones urbanas

Así como los bares tienen el poder de ligar parcelas del mismo barrio y velar por una continuidad comunitaria, la labor de la antropología consiste en detectar y delimitar esa línea sutil que une lo que, aparentemente, estaba disperso. Como propuesta queda, la

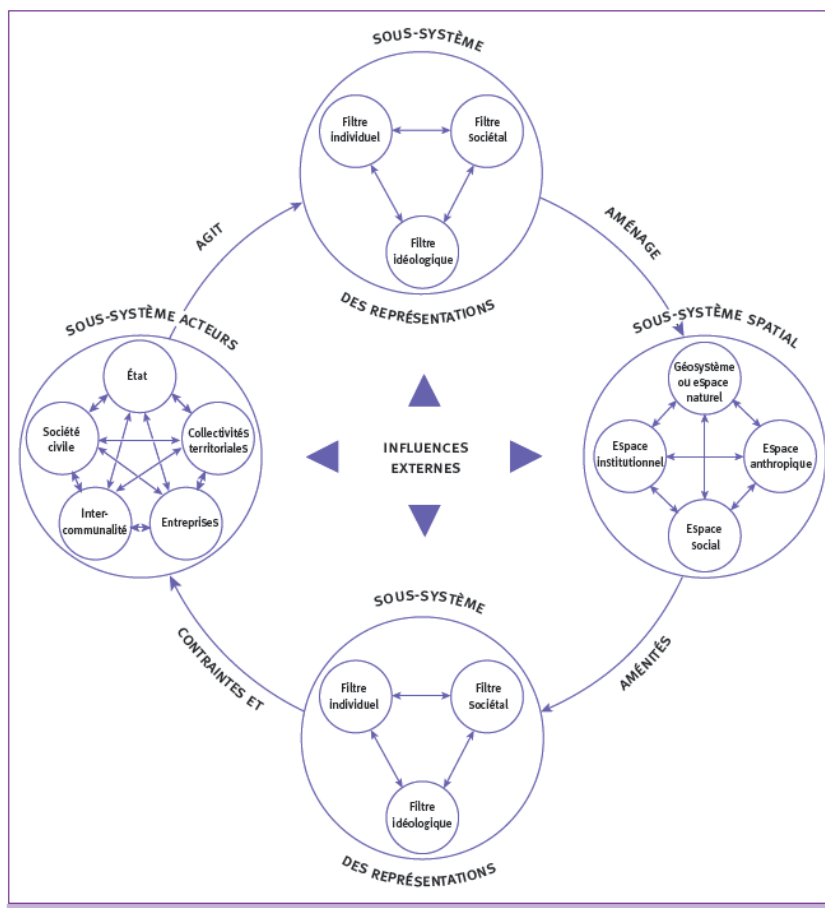
imagen del *legato* (cuando las notas musicales se interpretan sin una separación marcada entre ellas, actuando en clave de continuación) para identificar el papel conector de los bares en el barrio, capaces de mantener el ecosistema social con vida. Un *legato* que genera una suerte de legado no es exactamente una herencia dada, ya que ese legado al que nos referimos es, más bien, una inercia social; algo así como un patrimonio cultural y matriz de pertenencia, con cierto espesor histórico. Cabe puntualizar que, al hablar de patrimonio y de continuidad, no se hace en el sentido esencialista del término, a modo de transmisión biológica, inalterada, de un carácter. Todo lo contrario. Tal y como subrayaba el antropólogo inglés Tim Ingold (2012:3), “inercia” no significa “continuidad sin cambio”:

para mí, nada se transmite. Las habilidades crecen de nuevo, se recrean con cada generación. Lo que una generación contribuye a la siguiente son los contextos de aprendizaje [...] El trabajo de una generación arma las condiciones del trabajo de la siguiente. Y eso no es otra cosa que la historia [la cursiva es nuestra]

En este sentido, parece idóneo sacar aquí a colación el concepto de *habitus* fraguado por el antropólogo francés Pierre Bourdieu: “sistema de disposiciones durables y transferibles que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir” (1972: 178). Durante las incursiones etnográficas llevadas a cabo en bares que contaban con una larga trayectoria, ha sido muy frecuente que los informantes allí congregados hablasen de la existencia de un “aura” o “ambiente” diferenciado. Un “algo” específico de ese lugar, y que se había ido transmitiendo. Incluso, en más de una ocasión, cambiando de dueños. Un informante de un bar de un pueblo cercano a Barcelona, indicaba lo siguiente:

Este sitio tiene duende, entras y te encuentras cómodo. Lo traspasaron, porque se jubilaron y no tienen hijos, pero los que lo lleva ahora hasta las tapas las hacen iguales. Ha cambiado, claro, pero sigues viniendo y hasta el olor es suyo, es difícil de explicarlo, hay que vivirlo

Y es esta atmósfera de los bares la que los convierte en ejes de comunicación, contribuyendo a hacer que los espacios urbanos no sean meros lugares de paso o “no-lugares”, sino espacios vividos (Frémont, 1999: 253)⁷. El espacio vivido por actores sociales que generan una trama de interacciones que tienen en los bares sus puntos de pivotación. Así, los bares no son sólo espacios de protección dentro de sus paredes, como ecosistema de creación y recreación de cobijo; además, están en continua relación con el territorio circundante, contribuyendo a la cohesión del mismo. Dicho territorio no es un simple espacio tridimensional, sino un sistema complejo. El geógrafo francés Alexandre Moine (2006: 125) lo representa gráficamente de este modo:



⁷ El concepto de “espacio vivido” no tiene nada en común con la “nostalgia” de idealizados pasados comunitaristas. Todo lo contrario: «el espacio vivido, que redescubre todos los valores de la vida, sólo puede ser revolucionario» (ibíd.).

La propuesta es clara, y no es otra que la de considerar que los bares están en las fronteras (entendidas como espacios de comunicación) entre todos estos “subsistemas”. Además de ser un (eco)sistema en sí, tanto como lugar físico, como en tanto que red que aporta una trama de cohesión a la complejidad aquí mostrada, son a su vez fronteras que funcionan como esferas por donde circulan todas las relaciones que se dan entre los subsistemas territoriales, a modo de ejes de conexión entre ámbitos espaciales y grupos:

Defino el universo bar/restaurante como espacio-frontera asumiendo la noción de “frontera” como categoría analítica de lo urbano, dimensión dentro de la cual el margen y el centro lindan constantemente. El Bar refleja la frontera de manera paradigmática y única: un prisma físico, simbólico, cognitivo y político, perceptible desde un punto de vista fenomenológico, metodológico y epistemológico sólo desde la cinética y la corporeidad (Gil, 2021: 10)

El bar, antídoto ante la disgregación y el conflicto

Desde una perspectiva postmoderna, autores como Zygmunt Bauman hablaban de la *modernidad líquida* como rasgo fundamental de la sociedad occidental contemporánea. Nada nuevo: ya Karl Marx y Friedrich Engels apuntaron en su *Manifiesto Comunista* (1848), con el sistema surgido en el seno de dicha modernidad, todo lo que es sólido y es estable, es destruido. El bar ofrece, en cambio, un espacio seguro, ni que sea de forma pasajera. No es sólido, pero su fortaleza, como hemos dicho antes, reside en ser flexible, o débil. Es decir: lábil. La falta de sentido de la comunidad en su significado más alejado del esencialismo populista (es decir: ámbito la función del cual es ofrecer seguridad y un ancla de pertenencia) va de la mano del individualismo posesivo, que se convierte en fuente de conflicto y actúa como disparador de impulsos incompatibles entre sí, divide las situaciones humanas e insta a una competencia despiadada, en vez de unificar una condición humana que tienda a generar cooperación y solidaridad (Bauman, 2003: 97). Los bares se erigen como uno de los baluartes a partir de los cuales pensar y practicar dicha solidaridad. Aunque parezca contradictorio (puesto que sólo es paradójico), los bares son fronteras que generan situaciones de reconciliación:



Lo que implementa la frontera es tanto un intercambio como una relación [...] es un umbral y es el acto de una institución: establecer un lugar propio, ya sea social o sagrado, consiste en separarlo de un medio -naturaleza, ciudad o sociedad-, lo que permite inscribir un determinado colectivo, un “ grupo” o una “comunidad” de humanos en el mundo social con los que, gracias a la frontera creada, pueden establecer una relación y así existir frente a los demás” (Agier, 2013: 25)

El rol de protección propio del bar, de ámbito de cohesión, no sólo existe en España y el resto de Occidente. Volvamos a retomar la comparación intercultural, y vayamos, ni más ni menos, que a Oceanía. En concreto, a Nueva Caledonia:

Es importante mencionar el ambiente descontracturante y relajante del lugar, que marca un marcado contraste con el ritmo frenético y el paisaje urbano de la ciudad circundante. Podemos así hacer el vínculo con nociones que se refieren al carácter inclusivo y propicio para generar nuevos encuentros (Poulin, 2019: 110)

Una de las nociones que caracterizarían la matriz de cohesión ofrecida por los bares sería la de “lugar situacional”. Continuemos con la comparación intercultural, y vayamos ahora a Berlín:

En nuestra propia investigación empírica sobre lugares situacionales en Berlín, encontramos que especialmente el contexto espacial es crucial para el curso de un encuentro intercultural. Encontramos que diferentes entornos físicos como calles, lugares públicos urbanos, bares [...] Estos lugares expresan una forma de significado que se atribuye a los encuentros interculturales individuales ritualizados y sus actuaciones (Dirksmeier, Helbrecht, y Mackrodt, 204: 308)

Retrocediendo en el tiempo, el antropólogo estadounidense Edward C. Hansen realizó un trabajo de campo etnográfico en Vilafranca del Penedès (Barcelona) en los años 1965 y 1966, estudiando la vida de los bares de esa zona. Entre otras conclusiones, Hansen resaltaba la sociabilidad intensa y abierta de los bares (1974: 518):



la gente va y viene incesantemente, todos buscando a otras personas; el tabernero es considerado una fuente de información sobre el paradero de sus clientes; cuando uno se encuentra con quien ha estado buscando, habrá bebidas y se nombrarán figuras de conversación, se discuten personas y actividades, y se hacen y rehacen planes. Lejos de que todos los intercambios verbales tengan que ver con negocios, tales temas son parte de un flujo más general de noticias y opiniones, sobre películas, el clima o cualquier otra cosa que uno pueda tener en mente

En relación con ese y otros estudios antropológicos sobre los bares, el antropólogo sueco Ulf Hannerz resaltó su función cohesionadora:

De esta forma, el bar sirve como catalizador de la formación y transformación de redes y permite a las personas explorar continuamente qué nuevos vínculos se podrían establecer o qué contactos antiguos podrían renovarse o intensificarse, con el fin de hacer accesibles nuevos recursos (Hannerz, 1980: 198-199)

Conclusión

Los bares operan como un espacio intersticial a medio camino entre lo público y lo privado. Proporcionan un marco de referencia y un espacio de reconocimiento mutuo en un entramado caracterizado por las relaciones de distanciamiento. Se podría incluso considerar a los bares como una especie de “etnias” en el sentido etimológico y académico del término: grupos sociales (*ethnos*) que comparten una suerte de espacio simbólico común, diferenciado, y que engendran cohesión social. Etnias sin anclaje alguno en lenguas, orígenes, culturas o simbologías pretendidamente ancestrales. Agrupaciones basadas no en la identidad, sino en la pertenencia: de ahí su condición abierta.

Los bares son unos núcleos que amortiguan situaciones de zozobra vital producto de las crisis sufridas en los últimos años, así como unos motores de creación de sentido que, a modo de malla, de red de interacciones, pueden contribuir a dar un giro copernicano en la progresiva erosión de la sociedad.



La forma con la que se propone engarzar la antropología social con la cotidianidad del ecosistema de los bares es, por un lado, una modulación más de la antropología aplicada; no al margen de la academia, sino tomando prestados sus conocimientos a la vez que incorporando saberes recogidos durante la práctica etnográfica. Se trata de una estrategia “que reconoce e incorpora las voces de otros profesionales y de los demás con los que trabajan” (Baba, 2009: 390).

El trabajo de investigación etnográfica, una vez interpretado, desemboca en la puesta en valor de la función de los bares en su dimensión de ecosistemas protectores. Todo ello converge con la apuesta por “visualizar la importancia de la ciencia antropológica en el mundo contemporáneo” (Eriksen, 2006: 123). Y, también, puede servir para demostrar su aplicabilidad a todo tipo de áreas, su capacidad para mostrar caminos emancipatorios (en este caso, promocionando el vínculo colectivo abierto y plural), así como ratificar la fértil vía de colaboración entre la antropología social aplicada y el mundo de la empresa. Una forma de aplicación del saber antropológico todavía en estado embrionario en nuestro país, pero que lleva un largo y denso recorrido en otras geografías. Véase el ejemplo del *Handbook of Anthropology in Business* (Denny y Sunderland, 2014), que recoge aportaciones del resto de Europa y, sobre todo, de Estados Unidos y Gran Bretaña, donde existe una tradición en este campo que se remonta un siglo atrás:

La larga historia de la antropología empresarial, que se remonta a principios de la década de 1920, no es un asunto exclusivamente estadounidense: hubo interacción entre las instituciones académicas británicas y los antropólogos durante el período en el que la antropología empresarial comenzaba a desarrollarse (Roberts, 2014: 83).

Los ecosistemas formados por los bares son un instrumento de abrigo social puesto al servicio de la colectividad, y creada por ésta día tras día. Es, precisamente por esa razón, que cabe considerar la función de protección, como aquella que debe ser puesta en valor para convertirla en patrimonio social. Los nichos que proveen los bares funcionan como espacios de sociabilidad, como nodos de comunicación de vecinos y visitantes, sin importar origen ni identidad, desempeñando un rol imprescindible en la articulación de



la vida comunitaria de los espacios locales, así como en su cohesión interna. A su vez, ayudan a cicatrizar los barrios y calles, aportando una argamasa que contrarresta la fragmentación y que contribuye a devolver a la ciudadanía el sentido de pertenencia con el espacio urbano.

Ya para finalizar, remarcar la importancia de la comparación intercultural, rasgo distintivo de la antropología social, junto con el método etnográfico. Así, utilizando ejemplos de diversas sociedades y épocas históricas, se pueden explicar dinámicas sociales tan próximas como las de los bares de la piel de toro. Y es que, como afirmó el antropólogo francés Georges Condominas, lo exótico es cotidiano.

Bibliografía

Agier, M. (2013): *La condition cosmopolite. L'anthropologie à l'épreuve du piège identitaire*. París, La Découverte,

Augé, M. (1995): *Los "no lugares"*. Barcelona, Gedisa.

Baba, M. L. (2009): "Disciplinary-Professional Relations in an Era of Anthropological Engagement", *Human Organization*, Vol. 68, No. 4, 2009, pp. 380-391

Bachelard, G. (1994): *La poética del espacio*. México, Fondo de Cultura Económica.

Bateson, G. (1979): *Mind and Culture. A Necessary Unity*. Nueva York, Dutton.

Bauman, Z. (2003): *Modernidad líquida*. México, Fondo de Cultura Económica.

Berger, P. L. y Th. Luckman (2003): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu editores

Bhabha, H. K. (1994): *El lugar de la cultura*. Buenos Aires, Manantial.

Bourdieu, P. (1972): *Esquisse d'une théorie de la pratique*. París, Droz.



Breidenbach, Joana (2021): “What is it like to be an anthropologist?”, en: Podjed, D.; M. Gorup; P. Borecký y C. Guerrón Montero (Eds.) *Why the World Needs Anthropologists*. Londres y Nueva York: Routledge, pp. 42-55.

Castoriadis, C. (1989): *La institución imaginaria de la sociedad. 2. El imaginario social y la institución*. Barcelona, Tusquets

Chebel d'Apollonia, A. (1998): *Los racismos cotidianos*. Barcelona, Bellaterra.

Delaforge, G. (1987): “The Templar Tradition: Yesterday and Today, *Gnosis Magazine*, 6. San Francisco, Lumen Foundation.

Delgado, M. (1992): *La magia. La realidad encantada*. Barcelona, Montesinos.

Delgado, M. (1999): *El animal público*. Barcelona, Anagrama.

Delgado, M. (2007): *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona, Anagrama.

Delgado, M. (2008): “Lo común y lo colectivo”, texto electrónico de la ponencia del mismo nombre presentada en Medialab Madrid, el 31-01-2008.

Delgado, M. (2011): *El espacio público como ideología*. Madrid, La Catarata.

Denny, R. y P. Sunderland (Eds.) (2014): *Handbook of Anthropology in Business*. Londres, Routledge.

Dirksmeier, P., I. Helbrecht, y U. Mackrodt (2014): “Situational places: rethinking geographies of intercultural interaction in super-diverse urban space”, *Geografiska Annaler: Series B, Human Geography* Vol. 96, No 4, pp. 299-312.

Durán, R, y R. Espinoza (2016): “Zubiri y Prigogine: consideraciones en torno a la vida, el dinamismo y la autoorganización”, *ARBOR Ciencia, Pensamiento y Cultura* Vol. 192-780, julio-agosto 2016, Madrid, CSIC.

Durkheim, É. (2007): *La división social del trabajo*, México, Colofón.

Eriksen, Th. H. (2006): *Engaging Anthropology*. Oxford y Nueva York: Berg



- Frémont, A. (1999): *La région, espace vécu*. París, Flammarion.
- Frisby, D. y M. Featherstone (1997): *Simmel on Culture. Selected Writings*. Londres, Nova Delhi, Thousand Oaks, Sage Publications.
- Gil, S. (2019): El fraude y el desencanto. “Casa Jaume 1913”, un etnólogo en el restaurante. *Gastropología: antropología del bar/restaurante*, trabajo final del Master Universitario en Antropología y Etnografía, Departamento de Antropología, Universidad de Barcelona.
- Gil, S. (2021): *La última constante en tiempos cambiantes: hacia una antropología del bar*. Ediciones Trea (libro en edición)
- Granovetter, M. S. (1973): “The strength of weak ties”, en: *American Journal of Sociology*, vol 78, nº 6, pp. 1360 – 1380, Chicago. University of Chicago Press.
- Goffman, E. (1979): *Relaciones en público. Microestudios de orden público*. Madrid, Alianza.
- Hannerz, U. (1980): *Exploring the City*, Nueva York, Columbia University Press
- Hansen, E. C. (1974): “From Political Association to Public Tavern: Two Phases of Urbanization in Rural Catalonia (Spain)”, *Annals of the New York Academy of Sciences*, 220, 6., pp. 509-521.
- Hughes, A. J. B. y J. van Velsen (1954): “The Ndebele”, a: *The Shona and Ndebele of Southern Rhodesia*. Londres, International African Institute, pp. 41-116.
- Ingold, T. (2012): Entrevista a Tim Ingold, “La antropología en crisis”, por Vivian Scheinsohn (<http://www.bitacora.com.uy/auc.aspx?4929,7>)
- Lévi-Strauss, Cl. (1987): *Antropología estructural*. Barcelona, Paidós.
- Lugosi, P. (2006): “Between overt and covert research.- Concealment and disclosure in an ethnographic study of commercial hospitality”, *Qualitative Inquiry*, 12 (3), pp. 541–561.
- Luhmann, N. (1998): *Sistemas sociales*. Barcelona, Anthropos.



- Maffesoli, M. (1990): *El tiempo de las tribus*. Barcelona, Icaria.
- Malinowski, Br. (1931): "La cultura", en: Kahn, J.S. (Comp.) (1975) *El concepto de cultura*. Textos fundamentales. Barcelona, Anagrama, pp. 85-127.
- Mauss, M. (1938): "Une catégorie de l'esprit humain: la notion de personne celle de "moi", *Journal of the Royal Anthropological Institute*, vol. LXVIII, 1938, Londres (Huxley Memorial Lecture).
- Mehta, V. y J. K. Bosson (2010): "Third Places and the Social Life of Streets", *Environment and Behavior*, 42(6) Londres, Thousand Oaks, Nueva Delhi, SAGE Publications, pp. 779-805.
- Moine, A. (2014): "Le territoire comme un système complexe : un concept opératoire pour l'aménagement et la géographie", *L'espace géographique*, 2006/2, Tomo 35, Paris, Doin, pp. 115-132
- Oldenburg, R. (1989): *The Great Good Place: Cafes, Coffee Shops, Community Centers, Beauty Parlors, General Stores, Bars, Hangouts, and How They Get You Through the Day*. New York, Paragon House.
- Portuelo, S. A. (2020): "Los otros significativos en la construcción del sí mismo", *Utopía y Praxis Latinoamericana*; revista internacional de filosofía y teoría social, Año 25, n° Extra 4, Maracaibo, Universidad de Zulia, pp. 152-16.
- Roberts, S. (2014): "Decentering the origin story of anthropology & Business: the British experience since 1950", en: Denny, R. y P. Sunderland (Eds.) (2014) *Handbook of Anthropology in Business*. Londres, Routledge, pp. 83-99.
- Poulin, J.-F. (2019): *Terre de parole, Terre de partage?: regard anthropologique sur les relations interethniques dans les bars et nakamals de Nouméa (Nouvelle-Calédonie)*. Maîtrise en anthropologie - avec mémoire, Québec, Universidad Laval.
- Salcedo, M^a T. (2000): "Escritura y territorialidad en la cultura de la calle", en: *Antropologías transeúntes*. Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia, pp. 153-190.



Simmel, G. (2001): “Filosofía del paisaje”, en: El individuo y la libertad. Barcelona, Península, pp. 265-282.

Soja, E. W. (1996): The Third Space. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Places. Cambridge (Massachusetts, EEUU), Blackwell.

Turner, V. (1988): El proceso ritual. Estructura y antiestructura. Madrid, Taurus.